

éste á referir algunos concernientes á las principales virtudes, remitiendo al devoto lector á la vida escrita por el P. Federico Cervós, que dejará satisfechos los deseos tocante á las cosas que se pasan aquí por alto.



## CAPÍTULO II.

### SU MODESTIA SINGULAR.

- I. Asombro de alumnos y seglares.—Efectos notables.—Modestia en casa y su eficacia en los nuestros.
- II. Propósitos.—Severidad en el mirar.—Ley impuesta á los ojos.—Señalados ejemplos.
- III. Diez motivos de la modestia.—Alegria que le causaba.—Opinión de los compañeros.

#### I

**E**STA es la virtud que compone todos los movimientos y acciones de alma y cuerpo según las leyes de la honestidad y decencia. Así la solía definir el santo mancebo, como lo testimonia el P. Cepari, que leyó la definición en un cartapacio escrito de su mano <sup>1</sup>. En ella pone San Juan Berchmans diferencia cuidadosamente entre la modestia fingida del hipócrita que se contenta con afectar compostura por su interés, y la religiosa y santa que procede del interior, refrenando primero la curiosidad del espíritu antes que componga las partes exteriores del cuerpo. Su vestir, su gesto, su hablar, su andar, su rostro, en fin, que es el espejo en que sale el alma á mirarse, despe-

<sup>1</sup> *Vita*, part. II, § VII.

día clarísimas luces de esta virtud con que tenía edificados á los de dentro y á los de fuera.

Los de fuera, mayormente alumnos del Colegio, dieron en llamarle el *Padrecito modesto*, el *Padre modestísimo*, como queriendo expresar que allí en su semblante se había nacido esta esclarecida virtud. No bastándoles el deleite de su vista durante la clase, se paraban en los patios y corredores á contemplarle de pies á cabeza cuando pasaba, no como suele la malicia de los mirones, sino por la devoción que les causaba; y muchas fueron las veces que movidos de su compostura y quietud, valiéndose de otros Padres, solicitaron las oraciones de su *Padre modesto*.

¡Cuántos atraídos por el cebo de esta modestia picaron en el anzuelo y quedaron prendidos! Testigo Francisco Sordi, cuyas son estas palabras: *Antes de entrar en las aulas, los filósofos y teólogos suelen reunirse junto á la puerta principal. Allí fué donde vi por primera vez al Hermano Juan Berchmans. Sentíme arrebatado de sorpresa y admiración al verle tan aseado y circunspecto; y desde aquel día, con achaque de visitar al P. Rector, aguardaba siempre la hora de cátedra por el gusto de contemplar aquel joven que me tentó ganada la voluntad con su semblante. Yo no sabía entonces qué cosa fuese modestia ni recogimiento, pues era seglar; pero así que puse los ojos en él, se me encendió la afición á esta virtud, y puedo asegurar que desde luego me animé á practicar algunos actos.* Hasta aquí Francisco Sordi <sup>1</sup>. Dichoso él, que tragado el anzuelo, sacóle Dios del piélago turbulento del mundo á la playa de la religión, sirviendo en la Com-

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 244.

pañía de pescador á otros muchos. Bien podemos dar á la modestia de Berchmans la gloria de este buen lance.

Igual asombro publican las palabras de su condiscípulo Juan Pablo Oliva, que, siendo después general de la Compañía, repetía y ratificaba: *Era modesto en todo lugar, pero en el aula con eminencia (eminenter.) Hartas veces conocí la pesadumbre que le daba, pues no lo podía disimular, la distracción de algunos de los nuestros que guardaban poca modestia* <sup>1</sup>. Otros hubieron de confesar al P. Bisdómini, que de las muchas veces que habían causado ruido adrede para obligar al recogido estudiante á volver los ojos, ninguna habían salido con la suya.

Con ocasión de representarse el drama *Flavia Domitila* en el Seminario Romano, entre los muchos convidados se hallaron presentes dos embajadores cerca de la Santa Sede; y como uno de los caballeros de su comitiva volviese el rostro atrás, vino á encontrarse con el de Juan, que con los demás estudiantes había concurrido y ocupaba la segunda hilera de asientos. La primera impresión de tan deliciosa modestia no se le despintaba al caballero, y vuelto una y otra vez, no se hartaba de mirar y de regalarse con aquel retrato de mansedumbre y circunspección, hasta que, dirigiéndose al Hermano Octavio Falconi, que estaba á su lado, le dijo señalando á Juan: *Este debe de ser un ángel.*—Respondió el Hermano Falconi: *La observación de V. m., señor, me prueba que la virtud no puede quedar oculta dondequiera que se esconda* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 467.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 555.

En otra ocasión, en que tuvo Juan que defender, como diremos en su lugar, el acto de filosofía, mientras se iba colocando la concurrencia, unos condiscípulos suyos desde que le vieron asomar al estrado se convidaban mutuamente diciendo: *Tomar asiento y chilón, que nuestro Padre modestísimo va á defender. Estémonos aquí quedos á observarle y á gozar de su modestia en estas dos horas* <sup>1</sup>.

Se singularizaba también en el refectorio. Era muy de reparar la manera de comer que tenía <sup>2</sup>. Comía ni con mucha avidez ni con demasiada pausa: una gracia particular regía todos sus meneos. De lo que á Valentín Egidio pasaba, podemos colegir el encanto de sus modales.—*El día, dice, que me tocaba estar á su lado, ó enfrente de él, me sentía conmovido con su presencia hasta el punto de saltárseme las lágrimas, por no sé qué misterioso resplandor que se le dibujaba en el semblante. Yo no le quitaba de encima los ojos, y decía en mi interior: ¡Dichoso tú, Hermano Berchmans, qué ángel eres!*

Los escolares del Colegio Romano solían acudir al Jesús á la explanación de Sagrada Escritura, que se hacía después de vísperas. Entró un domingo el nuestro, arrodillóse en un rincón como de costumbre: á pocos pasos de allí estaba en pie un noble genovés, personaje de porte, fija la mirada en el joven sin salir de su asombro. Torna el genovés el domingo siguiente al mismo sitio, y allí sin pestañear no cesaba un punto de su sabrosa vista. Yendo un día á ver al P. Ignacio Lomellini, sin ser dueño de contener su impresión, le

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 253.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 408.

dijo: No adivinará V. R. P. Lomellini, qué novedad me convida los domingos al Jesús.—Será sin duda, respondió el Padre, que á V. m., á fuer de bravo genovés, el canto de vísperas le dará devoción, anén de la divina palabra...—Pues no, Padre mío, replicó el caballero; otra música me recrea más que todo eso. Acudo á la Iglesia para contemplar á un padrecito joven que veo los días de fiesta y me da la idea de un santito, ni más ni menos. Mientras que los concurrentes unos buscan regalar el oído con el canto, otros apacientan la vista por todos lados, y ó faltan al silencio hablando, ó á la reverencia durmiendo, este bendito mozo se está en oración, recogido y modestísimo, sin moverse ni rebullirse. Digo, Padre, que su modestia me persuade que es un santo de veras <sup>1</sup>.

## II

**H**ENÍA en sus apuntamientos puestas por escrito las notas siguientes:—*No hagas cosa que dé pesadumbre á los demás. Ser lento y chazudo en el andar, desagrada; hablar sin ton ni son de cosas espirituales, molesta; ser cabezudo y porfiar, desazona; zaherir á otros con chistes, ofende; llevar las manos atrás ó en los bolsillos, mirar de reojo, cabecear con ligereza, dar voces desentonadas, reir á tontas y á bobas ó á carcajadas, todo esto disgusta sumamente.*—Defectos eran ellos demasiado claros; como á él le daban en rostro vistos en otros, no tenía mucho que hacer para desterrarlos de su

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 553.

persona, ni por semejas se descubrieron en este espejo de religiosa crianza. Otras faltas hay que suelen encubrirse á la perspicacia de los más avisados; estas condenó al rigor de su modestia. Dijo un día al Hermano Gottifredi: *Carísimo, no sé si en el andar llevo la cabeza demasiado baja: tenga la caridad de observarlo y aviseme, porque estoy resuelto á corregirme de veras*<sup>1</sup>.

Conocida es la dificultad de poner freno á la curiosidad de los ojos; en alargándoles la rienda, cargan de especies sensibles, cuyo desconcierto se paga luego amargamente en el retiro de la oración. Por esta causa los santos andaban tan cuidadosos en el recato de la vista, y entre ellos nuestro Fundador previno los inconvenientes con gravísimas advertencias. Esto baste para significar cuán ingenioso sería nuestro mancebo en esta parte. Solía llamar la guarda de los ojos *madre de la devoción*, y como á tal la tenía en grande estima. En casa y fuera llevaba los ojos siempre bajos, cual si de ellos careciese. Al encontrar con persona desconocida, alzábalos tantico para ver con quién trataba; bajábalos en seguida, y durante la conversación los tenía modestamente en el suelo. Si era persona de casa, no los levantaba nunca, como afirmó su catedrático, que le trató familiarmente en el aposento.

Pues como daba tan en los ojos de todos la modestia de los suyos, muchas personas de fuera quisieron hablarle de intento para ver de qué color los tenía; y no pudieron lograrlo á pesar de sus estratagemas<sup>2</sup>. Compruébase esta maravilla por otra no menos rara. Al tiempo de sacarle el

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 528.

<sup>2</sup> P. Cepari, *Vita*, part. II, § VII.

retrato después de fallecido, preguntó el pintor á qué tiraban los ojos del difunto: nadie tuvo boca para satisfacerle; mirándose unos á otros, respondieron los más que nunca se los habían visto<sup>1</sup>. ¿Y quién ignora cuán bullidores son los ojos para tenerlos á raya en casos imprevistos, de modo que no se escapen alguna vez? ¿Será menester añadir que quien tuvo puesta severísima ley á sus ojos de sólo mirar en caso de necesidad, no los dirigió jamás á rostro de mujer alguna?

Admirado Marcelo Spinelli, su compañero de aposento, de tanta circunspección, le preguntó qué traza usaba para andar recogido. Respondió el Hermano Juan: *Al recogimiento ayuda maravillosamente la guarda del corazón; y como esta no se alcanza si no se refrena la vista, es indispensable tener mucha cuenta con ella*<sup>2</sup>. La misteriosa clave para descubrir el secreto de su modestia era la guarda del corazón por el enfrenamiento de los ojos.

Para traerlos más sujetos les regateaba aun el gusto de presenciar los inocentes espectáculos que se ofrecían en Roma con frecuencia. ¿Quién no ha oído describir las huertas y jardines que hermocean la santa ciudad? Y lo que oído deleita, apenas lo gozaron los ojos de Juan. ¿Quién salió de Roma sin admirar aquellas maravillas del arte suntuosas cuanto estupendas? Y Juan, que tenía ojos para ver, tuvo virtud para privarles el regalo de tan inofensiva curiosidad. ¿Quién no presencié, estando en Roma, las pomposas entradas de Cardenales y Príncipes, las magníficas procesiones, que eran frecuentísimas? Y para el modesto

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 244.

<sup>2</sup> P. Cepari, *Vita*, part. II, § VII.—Proc. rom., pág. 412.

Juan todo eso era como cosa de otro mundo. No habría vuelto ni alzado la vista para considerar una cabalgata que le saliera al encuentro. Solamente á la procesión asistió una vez, en que el Soberano Pontífice con gran magnificencia es llevado en triunfo presentando á la adoración de los fieles el Pan del cielo oculto bajo el velo eucarístico: en este espectáculo pareciale ver resumido todo cuanto hay que contemplar de bello y agradable en la ciudad de los Papas.

Augusta y sobremanera digna de verse es la coronación del supremo Jerarca de la Iglesia. En el regocijo de tan gran solemnidad, las inmensas naves de San Pedro son angostas para las oleadas de gentes que á turbiones se derraman por calles y plazas, aclamando al nuevo monarca y padre de la cristiandad. Sin embargo, el esplendor de esta fiesta, que fué de incomparable grandeza en la exaltación de Gregorio XV, careció de atractivos bastantes para arrancar al recogido estudiante del rincón de su aposento.—*Desde que estoy en Roma*, respondía á los que pugnaban por sacarle á la calle, *he visto una vez la procesión de Corpus, y llevo sobradamente visto*. Y decía verdad quien tenía sus deleites en el cielo más que en la tierra. Ya antes de llegar á Roma, pasando por Milán, quisieron enseñarle el palacio del Duque. Por no causar desplacer á los Padres, aceptó el ofrecimiento, pero después en Roma declaró que había preferido cerrar los ojos á la suntuosidad de aquella fabrica y á los inestimables tesoros que encierra.

A los tres meses (9 Mayo 1621) el recién creado Papa fué según costumbre á tomar posesión de la Basílica de Letran, matriz de todas las iglesias. Con ocasión de esta ceremonia todos los Padres

y Hermanos de Roma, en demostración de respeto y vasallaje, solían juntarse en corporación á la puerta del Jesús, y allí, hincadas las rodillas, aguardaban á que Su Santidad pasase y les echase la bendición. A esta prueba de rendimiento no pudo renunciar el obediente Juan, pero halló traza de poner en estrechura la curiosidad de sus ojos. Vueltos al Colegio, Nicolás Radkai, joven húngaro que le era muy familiar, preguntóle qué le había parecido el tren de la cabalgata y el lujo de los trajes.—*En verdad*, respondió el Hermano Berchmans, *no la he visto*.—*¿Pues cómo, dónde estuvo, mi Hermano Juan?* replicó Nicolás.—*Me estuvo*, contestó, *rezando todo el tiempo de la procesión*<sup>1</sup>.

Habiendo el Cardenal Mauricio de Saboya hecho su entrada en Roma, con el lucido cortejo se dirigió al Colegio de Padres Jesuitas. Terminado el espléndido banquete, le festejaron con cantos y con poesías en veintisiete lenguas por naturales de cada nación<sup>2</sup>. A Berchmans tocóle sacar á relucir su flamenco. El aparato de la fiesta respondió á la expectación del suceso, bastante por sí sólo para cautivar la atención de los concurrentes, pero no cautivó la de Berchmans, porque (así lo tenemos de Francisco Sordi) recitados sus versos (cuyo tema fué aquella sentencia de la Sabiduría c. viii *in conspectu potentium admirabilis ero*, y que no han llegado hasta nosotros) mirando poco por su regalo, se salió á hurtadillas del salón y se fué al P. Sotoministro á pedirle licencia para lavar platos ó barrer la cocina.—*No hace falta por ahora, Hermano*, contestó el Padre.—

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 508.

<sup>2</sup> Mss. de Bruselas, n. 85.

*Pues déjeme ir*, añadió Juan, *á la iglesia*<sup>1</sup>. Y en ella se pasó el tiempo de sobremesa, saboreándose con la presencia de Nuestro Señor.

## III

Los motivos que le incitaban á practicar con tanta severidad las reglas de la modestia, en que decía haber San Ignacio resumido todos los actos de ella, púsolos por escrito, y son como siguen:

1.º *El ejemplo de la Virgen Santísima, que poseyó esta virtud en tan subido grado, que San Dionisio Areopagita al verla exclamó, que á no enseñarle otra cosa la fe, la hubiera tomado por una deidad.*

2.º *Las lágrimas que le costaron al Beato Padre las Reglas de la modestia.*

3.º *El agravio grande que hace el inmodesto á la Pasión del Salvador, que con los dolores del cuerpo pagó los excesos de nuestra liviandad.*

4.º *La confusión é infamia que causa el disipado á su madre la Compañía que con tanto desvelo le crió.*

5.º *La presencia de Dios que en todo lugar nos cerca, y razón es que nos obligue á ser modestos.*

6.º *La gloria y buen olor que la compostura esparce por todos los miembros del cuerpo.*

7.º *La traza del Beato Francisco Javier,*

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 445.

*quien, para castigar en su cuerpo la libertad que le había dado cuando joven en danzas y juegos de placer, se apretó fuertemente brazos y piernas con cordeles, llevando por los caminos, que hacía á pie, en los dolores agudos continuo despertador de la santa modestia.*

8.º *El ejemplo de Santa Tecla, que estando en presencia del juez para ser condenada, no quiso levantar los ojos de la tierra, porque no los turbasen las miradas de los presentes.*

9.º *En fin, la voluntad de la Santísima Virgen. Aparecióse esta Señora á una doncellita llamada Musa, acompañada de un coro de vírgenes todas vestidas de blanco. Entendió la Virgen Señora nuestra el deseo de la niña, que era de juntarse con ellas, y como se lo preguntase y ella respondiese con gran afecto que sí, replicó la Reina del cielo: Musa, déjate de las niñerías que tienes; si quieres ser como éstas, anda con más recato en tus juegos. y de aquí á treinta días volveré por ti en compañía de estas doncellas. Desde aquel día Musa, de aññada y traviesa que era, andaba muy grave y modesta. A los veinticinco días enfermó, y apretándole la enfermedad, á los treinta María Santísima vino con su celestial acompañamiento llamando á Musa, quien al verla exclamó alborozada: ya voy, Señora, ya voy; y con esto espiró<sup>1</sup>.*

Con estos motivos se estimulaba el santo á procurar cuanto alcanzaban sus fuerzas una modestia angelical. Su aspecto bastaba para encadenar corazones á los pies de esta virtud. No solamente enfrenaba á los descompuestos, pero además al verle sentíanse unos movidos á compunción, otros

<sup>1</sup> P. Ceparí, *Vita*, part. II, § VII.

á imitar sus virtudes, todos á recoger los sentidos. Así lo declara el P. Bisdómini por estas palabras: *Era su presencia un freno que reprimía á los imperfectos que conversaban con él. Más de una vez hice por contrastar la impresión que en mí experimentaba, metiendo asuntos impertinentes, pero no pude con mi cortedad: no sé qué semblante de gravedad tomaban sus ademanes, que me pasmaba y me forzaba á dejar la plática.*—Con el P. Bisdómini contesta el P. Diego Secco, lector de Teología. A lo dicho añade: *La veneración que infundía la presencia del Hermano estudiante andaba siempre mezclada con un vivo sentimiento de alegría, que desterraba todo rastro de mal humor.*

Efectos eran del acendrado gozo que bañaba toda su persona. A la modestia debió parte de aquella serenidad de espíritu que esparcida por todo el semblante recreaba dulcemente la vista. Gozo santo, indicio de la paz interior, en que descubren los maestros de espíritu señal infalible del reino de Dios en un alma, y del señorío del alma sobre los sentidos. Dióla bien á conocer un día en recreación. Estaba la juventud revolviendo los daños de la tristeza, según que el P. Cepari los había expuesto en una plática. Tocóle su vez á Juan; pronto se vió acosado por las quisquillas de algunos que dificultaban, pero echando por el atajo los cortó diciendo: *Como quiera que ello sea, yo no hago más que repetir lo que sé, tal ni más ni menos como el P. Rector nos lo ha dicho, porque gracias á Dios no lo he probado en mi vida: todavía ignoro qué cosa son congojas y melancolias.*—Si congoja cabía en él, era la ocasionada por algún defecto de dificultosa cura que en alguno descubriese y pudiera ser piedra de escándalo,

y más si se disimulaba con disfraz de modestia. Solo entonces asomaba en el cielo de su despejada frente una que otra sombra de tristeza; pero eran estas tan raras cuanto favorable la acogida que hacían todos á sus amonestaciones y ejemplos.

Pongamos punto á esta virtud con el dictamen que andaba en las bocas de todos con harto poca disimulación. Es constante entre personas religiosas, que sin el favor de muchas virtudes no se alcanza aquel perfecto medio, alejado de extremos, de gravedad sin entonamiento, de circunspección sin hazañería, de afabilidad sin melindre. Por esta causa es muy significante el juicio que los mismos religiosos hicieron de su dulcísima serenidad, en cuya alabanza van también envueltos los encomios de las virtudes que ella presupone y requiere. Exprimían el concepto con diferentes figuras. Unos decían: es su persona retrato cabal de modestia; y si las Reglas de Nuestro Beatísimo Padre vinieran á perderse, hallaríanse sin trabajo delineadas en la persona del Hermano Berchmans. Otros se entretenían buscando comparaciones con que exaltar su compostura, y en la estatua de la Virgen venerada en la Capilla del colegio presumían hallar término de comparación. Otros no se cansaban de llamarle con regalados nombres, de Hermano Leto, Hermano Hilario, Hermano Jovial, en cuya significación comprendían aquella dulcedumbre y apacibilidad que suspendía y enamoraba los corazones. ¿Qué más podía decirse en elogio de su modestia, para encarecerla, sino apellidarla celestial y divina?